CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.

4	5	■	5	1 S	6	7	6	4	5	3
6	8	■	3	2 E	4	5	9	5	3	5
7	2	10	2	3 R	■	4	5	1	■	■
6	7	5	14	■	12	13	3	■	10	13
15	5	9	5	8	5	1	■	15	5	10
5	14	5	4	■	3	■	1	5	3	5
8	2	1	■	14	6	16	2	4	5	3
13	1	■	7	5	1	■	3	17	18	6
■	■	3	2	8	■	3	13	8	6	14
5	18	13	14	5	8	13	1	■	14	5
15	2	4	17	3	6	10	13	■	5	1

SOLUCION MARTES

S	E	N	I	L	■	B	R	A	S	A
U	S	■	R	■	C	O	A	■	I	T
E	T	A	■	P	L	A	T	A	N	O
R	O	T	U	L	A	■	A	S	■	R
O	P	I	N	A	R	A	■	E	R	A
■	A	P	E	T	I	T	O	S	O	■
A	S	I	■	O	N	I	R	I	C	O
M	■	C	O	■	E	N	A	N	O	S
E	B	O	N	I	T	A	■	O	S	E
B	A	■	A	T	E	■	R	■	A	R
A	R	E	N	A	■	P	A	U	S	A



ALBERTINE REENCONTRADA Página/2/3

Verano/12

Por Josep-Vicent Marqués

SUCEDANEOS

El hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales se encontró parado ante una tienda de animales domésticos.

"Tal vez tengan aquí lo que necesito", pensó.

Empujó la puerta y entró. La campanilla sonaba bien, acogedora. Una dama de aspecto agradable y edad indefinida le saludó con una sonrisa.

—¿En qué puedo servirle?

—No lo sé exactamente.

—¿Se trata de un regalo?

No entendió.

—¿Cómo dice?

—¿Quiere usted hacer un regalo?

—Oh, no —respondió como si de repente advirtiese dónde estaba y qué le estaban diciendo—. No, más bien se trata de algo para mí.

—Me pareció que admiraba ustedes nuestros periquitos —dijo la dama.

—Periquito, enano, esquirol —dijo un papagayo.

—Sí, no sé. Son bonitos —dijo el hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales.

—Periquito, enano, esquirol —volvió a decir el papagayo.

—Dispénselo usted —aclaró la vendedora—. Lo tenemos por caridad, proviene de la familia de un ornitólogo ya fallecido, gente un poco rara.

—¡Viva la República! —dijo el papagayo.

La dama lo ignoró.

—En periquitos tenemos un surtido realmente amplio...

—No sé. No creo que me gustase tener a nadie en una jaula.

—Oh, no se preocupe —dijo la vendedora—. Son felices. En realidad, nc sabrían vivir fuera de la jaula.

—Eso suena terrible —dijo el hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales.

—Tenemos también perros. Perros deliciosos. Y guardianes muy eficaces... Hoy día...

—Perro, enano, esquirol —dijo el papagayo.

Un cachorro de doberman ladró.

—El perro, como usted sabe, es el mejor amigo del hombre...

—Sí. Eso he oído decir.

—Es fiel. Sobre todo es fiel. Usted no ignora que la fidelidad es hoy una cualidad difícil de encontrar. El adulterio. La ingratitud de los hijos... Perdone si he removido en usted algún recuerdo doloroso.

Alentada por el silencio del cliente, la dama prosiguió muy animada.

—Y además son cariñosos. El perro es un animal cariñoso.

El hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales volvió la cabeza negativamente.

—No sé. Quizá demasiada fidelidad, ¿no? Mi abuela tenía un perro. Le pegaba y volvía.

La dama sonrió comprensiva y ofreció:

—Un gatito. Los gatos son muy independientes. Les gusta ser acariciados y luego se van por los tejados a hacer su vida.

—¡Viva la República! —gritó el papagayo.

El hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales objetó:

—Tampoco se trata de eso. Me gustaría recibir cariño, no sólo dar. Los gatos..., ahora los ves y luego no los ves. Se van demasiado deprisa.

—Una tortuguita, entonces.

—Tortuga, enana, esquirol... —dijo el papagayo.

—Perdone que le diga, señora, que las tortugas son feísimas.

—En cuestión de belleza, caballero, ya sabe usted que todo es subjetivo...

—No tanto, señora... Además, podría pisarla. No me gusta hacer daño a nadie.

La señora se disculpó:

—Perdone, debo darles la comida a los *hamsters*. Supongo que si usted no quiere nada enjaulado tampoco querrá un *hamster*.

—*Hamster*, rata barata, presumido —gritó el papagayo.

La dama terminó de dar la comida a los *hamsters* y volvió junto al hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales.

—¿Y un caballo? El caballo hacía al hombre caballero. El caballo es un fiel compañero y no es tan sentimental como el perro. Le acerca al paisaje, a la naturaleza.

—Mi última novia tenía un BMW...

—Un caballo le ofrece a usted toda la entrañable mitología masculina del Oeste —dijo la dama sorprendiéndose de haber construido un eslogan tan brillante.

—No quisiera ofender, pero el caballo me parece un animal estúpido. Toda la vida aguantando a alguien encima...

—Caballo, motocarro, esquirol —gritó el papagayo.

—Hay que saber domarlos primero —dijo la vendedora, ofendida.

—No creo que me guste la idea de domar a nadie. Quizá perdería luego todo interés.

—Pues, francamente, no sé qué ofrecerle —dijo la dama.

El hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales se sintió asaltado por el vago recuerdo de una mujer a quien no podía identificar con precisión.

—Decía que no sé ya qué ofrecerle.

—Sí, perdone. Estaba distraído.

—Distraído, enano, esquirol. ¡Viva la República! —gritó el papagayo.

—Oiga —dijo el hombre súbitamente animado —¿no podría venderme el papagayo?

—Imposible —dijo la dama—. Ya le he dicho que es como una obra de caridad, una promesa. Además, ya ve usted que es un impertinente.

El hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales se despidió y salió pensando dónde estaría aquella vieja agenda donde podía encontrar el nombre de la mujer cuyo recuerdo le había asaltado. Y si no, el de algún amigo perdido en los callejones de la memoria.

—Juanita, bonita, esquirol —gritó el papagayo cuando el hombre hubo salido.

—Zalamero —dijo la dama retocándose el cabello.



ALBERTINE REENC

Este es un fragmento de la versión dactilográfica de *Albertine desaparecida*, que fue rescatada recientemente y muestra importantes diferencias con el texto conocido, de ahí que los editores españoles del sello Anagrama la hayan publicado con el sugestivo título de *Albertine reencontrada*. Probablemente la curiosidad bien valga la publicación del fragmento, pero aún más lo justifican los valores de su autor: Marcel Proust.

No volvió nunca. Acababa de salir mi telegrama cuando recibí otro. Era de la señora Bontemps. El mundo no ha sido creado con carácter definitivo para cada uno de nosotros. Se van sumando en el transcurso de la vida cosas que no sospechábamos. ¡Ah!, no fue la supresión del dolor lo que produjeron en mí las dos primeras líneas del telegrama.

"Mi pobre amigo, nuestra querida Albertine se nos ha ido, perdóneme que le anuncie algo tan espantoso a usted que tanto la quería. Su caballo la arrojó contra un árbol mientras paseaba a orillas del Vivonne. Todos nuestros esfuerzos por reanimarla resultaron inútiles. ¡Por qué no habré muerto yo en su lugar!"

No, no fue la supresión del dolor, sino un dolor desconocido, el de saber que nunca más volvería. ¿Pero acaso no me había repetido varias veces a mí mismo que quizá no volviera? Así era, en efecto, pero ahora comprendía que ni por un instante lo creí. Como necesitaba su presencia, sus besos, para soportar el daño que me causaban mis sospechas, me había acostumbrado desde Balbec a estar siempre con ella. Aun cuando ella no estaba, cuando me quedaba solo, seguía besándola. Había seguido haciéndolo desde que ella se había ido. Necesitaba no tanto su fidelidad como su regreso. Y aunque mi razón pudiera ponerlo impunemente en duda alguna vez, mi imaginación no cesaba un instante de recordármelo. Instintivamente me pasé la mano por el cuello, por los labios, que se veían besados por ella desde que marchara y que no volverían a serlo, me pasé la mano por ellos, al igual que mamá me acarició al morir mi abuela diciéndome: "Pobre niño mío, tu abuela, que tanto te quería, no volverá a besarte". Aquellas palabras: "A orillas del Vivonne", añadían un elemento más atroz a mi desesperación. Pues la coincidencia de que me hubiese dicho en el trenecillo que era amiga de la señora Vinteuil, y de que la casa donde vivía desde que me dejara y donde encontró la muerte estuviese por los alrededores de Montjouvain, tal coincidencia no podía ser gratuita, se dibujaba una luz entre el Montjouvain contado en el tren y el Vivonne involuntariamente confesado en el telegrama de la señora Bontemps. ¡Por tanto, me mintió la noche en que fui a casa de los Verdurin, la noche en que le dije que quería abandonarla! Toda mi vida futura quedaba arrancada de mi corazón. ¿Mi vida futura? ¿Acaso no había pensado alguna vez vivirla sin Albertine? ¡En absoluto! ¿Luego desde hacía tiempo le había consagrado todos los minutos de mi vida hasta mi muerte? ¡Por supuesto que sí! No había sabido ver aquel futuro indisoluble de ella, pero ahora que acababa de quedar desvelado, notaba el lugar que ocupaba en mi corazón abierto. Françoise, que no sabía aún nada, entró en mi cuarto; con expresión iracunda, le grité: "¿Qué pasa?". Entonces, contestó (a veces hay palabras que cambian la realidad que tenemos al lado por otra distinta, aturdiéndonos como un vértigo): "El señor no tiene por qué estar enfadado. Al revés, se pondrá bien contento. Son dos cartas de la señorita Albertine". Noté, luego, que debí de poner ojos de persona cuya mente se tambalea. No di muestra ni de alegría ni de incredulidad. Estaba como quien ve un sitio de su cuarto ocupado a un tiempo por un sofá y una cueva. Al perder la noción de la realidad, cae desvanecido al suelo. Las dos cartas de Albertine debían de haber sido escritas poco antes del paseo durante el que había muerto. La primera decía:

"Querido, te agradezco la confianza que me demuestras anunciándome tu intención de invitar a Andrée a tu casa. Estoy segura de que aceptará encantada y creo que será maravilloso para ella. Con su inteligencia, sabrá aprovechar la compañía de un hombre como tú y la admirable influencia que sabes ejercer en las personas. Creo que se te ha ocurrido una idea que puede resultarle tan beneficiosa a ella como a ti. Pero si pusiera la menor pega, telegrafíame, yo me encargaré de convencerla."

La segunda estaba fechada un día más tarde. En realidad, debía de haberlas escrito a pocos instantes la una de la otra, quizás a la vez, y antedatar la primera. Pues en todo momento había imaginado de manera absurda sus intenciones, que no habían sido otras que volver conmigo, y que una persona ajena al asunto, un hombre sin imaginación, el negociador de un tratado de paz, el comerciante que examina una transacción, habrían juzgado con más discernimiento que yo. Sólo contenía estas palabras:

"¿Es ya tarde para volver contigo? Si no le has escrito aún a Andrée, ¿me aceptarías de nuevo? Me inclinaré ante tu decisión, te suplico que no tardes en comunicármela, puedes imaginarte con qué paciencia la espero. Si decides que vuelva, tomaré el tren inmediatamente. Tuya de todo corazón, Albertine."

Para que la muerte de Albertine hubiese podido suprimir mis sufrimientos, habría sido necesario que el choque la matase no sólo en Turnera, sino dentro de mí. Para entrar en nosotros, un ser se ha visto obligado a tomar la forma, a adaptarse al marco del tiempo; al no aparecérsenos sino en minutos sucesivos, nunca ha podido darnos más que un solo aspecto suyo a la vez, mostrarnos una sola foto de su persona. Gran debilidad sin duda para un ser el consistir en una simple colección de momentos; gran fuerza también; depende de la memoria y la memoria de un momento no está informada de todo lo



ALBERTINE REENCONTRADA

Este es un fragmento de la versión dactilográfica de *Albertine desaparecida*, que fue rescatada recientemente y muestra importantes diferencias con el texto conocido, de ahí que los editores españoles del sello Anagrama la hayan publicado con el sugestivo título de *Albertine reencontrada*. Probablemente la curiosidad bien valga la publicación del fragmento, pero aún más lo justifican los valores de su autor: Marcel Proust.

No volvió nunca. Acababa de salir mi telegrama cuando recibí otro. Era de la señora Bontemps. El mundo no ha sido creado con carácter definitivo para cada uno de nosotros. Se van sumando en el transcurso de la vida cosas que no sospechábamos. ¡Ah!, no fue la supresión del dolor lo que produjeron en mí las dos primeras líneas del telegrama.

"Mi pobre amigo, nuestra querida Albertine se nos ha ido, perdóneme que le anuncie algo tan espantoso a usted que tanto la quería. Su caballo la arrojó contra un árbol mientras paseaba a orillas del Vivonne. Todos nuestros esfuerzos por reanimarla resultaron inútiles. ¡Por qué no habré muerto yo en su lugar!"

No, no fue la supresión del dolor, sino un dolor desconocido, el de saber que nunca más volvería. ¿Pero acaso no me había repetido varias veces a mí mismo que quizá no volviera? Así era, en efecto, pero ahora comprendía que ni por un instante lo creí. Como necesitaba su presencia, sus besos, para soportar el daño que me causaban mis sospechas, me había acostumbrado desde Balbec a estar siempre con ella. Aun cuando ella no estaba, cuando me quedaba solo, seguía besándola. Había seguido haciéndolo desde que ella se había ido. Necesitaba no tanto su fidelidad como su regreso. Y aunque mi razón pudiera ponerlo impunemente en duda alguna vez, mi imaginación no cesaba un instante de recordármelo. Instintivamente me pasé la mano por el cuello, por los labios, que se veían besados por ella desde que marchara y que no volverían a serlo, me pasé la mano por ellos, al igual que mamá me acarició al morir mi abuela diciéndome: "Pobre niño mío, tu abuela, que tanto te quería, no volverá a besarte". Aquellas palabras: "A orillas del Vivonne", añadían un elemento más atroz a mi desesperación. Pues la coincidencia de que me hubiese dicho en el trenecillo que era amiga de la señora Vinteuil, y de que la casa donde vivía desde que me dejara y donde encontró la muerte estuviese por los alrededores de Montjouvain, tal coincidencia no podía ser gratuita, se dibujaba una luz entre el Montjouvain contado en el tren y el Vivonne involuntariamente confesado en el telegrama de la señora Bontemps. ¡Por tanto, me mintió la noche en que fui a casa de los Verdurin, la noche en que le dije que quería abandonarla! Toda mi vida futura quedaba arrancada de mi corazón. ¿Mi vida futura? ¿Acaso no había pensado alguna vez vivirla sin Albertine? ¡En absoluto! ¿Luego desde hacía tiempo le había consagrado todos los minutos de mi vida hasta mi muerte? ¡Por supuesto que sí! No había sabido ver aquel futuro indisoluble de ella, pero ahora que acababa de quedar desvelado, notaba el lugar que ocupaba en mi corazón abierto. Françoise, que no sabía aún nada, entró en mi cuarto; con expresión iracunda, le grité: "¿Qué pasa?". Entonces, contestó (a veces hay palabras que cambian la realidad que tenemos al lado por otra distinta, aturdiéndonos como un vértigo): "El señor no tiene por qué estar enfadado. Al revés, se pondrá bien contento. Son dos cartas de la señorita Albertine". Noté, luego, que debí de poner ojos de persona cuya mente se tambalea. No di muestra ni de alegría ni de incredulidad. Estaba como quien ve un sitio de su cuarto ocupado a un tiempo por un sofá y una cueva. Al perder la noción de la realidad, cae desvanecido al suelo. Las dos cartas de Albertine debían de haber sido escritas poco antes del paseo durante el que había muerto. La primera decía:

"Querido, te agradezco la confianza que me demuestras anunciándome tu intención de invitar a Andrée a tu casa. Estoy segura de que aceptará encantada y creo que será maravilloso para ella. Con su inteligencia, sabrá aprovechar la compañía de un hombre como tú y la admirable influencia que sabes ejercer en las personas. Creo que se te ha ocurrido una idea que puede resultarle tan beneficiosa a ella como a ti. Pero si pusiera la menor pega, telegrafíame, yo me encargaré de convencerla."

La segunda estaba fechada un día más tarde. En realidad, debía de haberlas escrito a pocos instantes la una de la otra, quizás a la vez, y antedatar la primera. Pues en todo momento había imaginado de manera absurda sus intenciones, que no habían sido otras que volver conmigo, y que una persona ajena al asunto, un hombre sin imaginación, el negociador de un tratado de paz, el comerciante que examina una transacción, habrían juzgado con más discernimiento que yo. Sólo contenía estas palabras:

"¿Es ya tarde para volver contigo? Si no le has escrito aún a Andrée, ¿me aceptarías de nuevo? Me inclinaré ante tu decisión, te suplico que no tardes en comunicármela, puedes imaginarte con qué paciencia la espero. Si decides que vuelva, tomaré el tren inmediatamente. Tuya de todo corazón, Albertine."

Para que la muerte de Albertine hubiese podido suprimir mis sufrimientos, habría sido necesario que el choque la matase no sólo en Turnera, sino dentro de mí. Para entrar en nosotros, un ser se ha visto obligado a tomar la forma, a adaptarse al marco del tiempo; al no aparecérsenos sino en minutos sucesivos, nunca ha podido darnos más que un solo aspecto suyo a la vez, mostrarnos una sola foto de su persona. Gran debilidad sin duda para un ser el consistir en una simple colección de momentos; gran fuerza también; depende de la memoria y la memoria de un momento no está informada de todo lo acaecido desde entonces; ese momento que ha registrado dura aún, vive aún y también la persona que se perfilaba en él. Y este desmigamiento no solamente da vida a la muerta, la multiplica. Para consolarme, tenía que haber olvidado no a una, sino a innumerables Albertines. Cuando lograba soportar el dolor de haber perdido a ésta, había de volver a hacerlo con otra, con cien más.

Entonces mi vida sufrió un cambio total. Lo que, cuando estaba solo, había constituido su encanto, y no a través de Albertine, paralelamente a ella, era precisamente, ante la llamada de momentos idénticos, el perpetuo renacer de momento pasados. Por el rumor de la lluvia, me llegaba la fragancia de las lilas de Cambray; por la movilidad del sol en el balcón, las palomas de los Campos Elíseos; por el amortiguarse de los ruidos en el calor de la mañana, el frescor de las cervezas; la añoranza de Bretaña o de Venecia, por el silbido del viento y la llegada de la Pascua. Llegaba el verano, se alargaban los días, hacía calor. Era la época en que muy de mañana alumnos y profesores acuden a los jardines públicos a preparar los últimos exámenes bajo los árboles, para recoger la única gota de frescor que deja caer un cielo menos inflamado que en el ardor del día, pero ya con la misma pureza estéril. Desde mi habitación oscura, con un poder de evocación igual al de antaño, pero ya sólo capaz de engendrar sufrimiento, notaba que afuera, en la gravidez del aire, el sol declinante bañaba la verticalidad de las casas, de las iglesias, con un tinte leonado. Y como Françoise al volver descompusiese sin querer los pliegues de las amplias cortinas, ahogaba un grito ante el laceramiento que acababa de producirme aquel rayo de sol antiguo que me había hecho parecer hermosa la fachada de Bricqueville l'Orgueilleuse, cuando Albertine me dijo: "Está restaurada". No sabiendo cómo explicar mi suspiro a Françoise, le decía: "¡Ah! Tengo sed". Françoise salía, regresaba, pero yo me volvía violentamente, sometido a la dolorosa descarga de uno de los mil invisibles recuerdos que de continuo estallaban a mi alrededor en la oscuridad; acababa de ver que había traído sidra y cerezas, aquella sidra y cerezas que un mozo de granja nos trajera en el coche, en Balbec, especies con las cuales habría comulgado de modo perfecto, tiempo atrás, con el arco iris de los comedores oscuros los días de canícula. Entonces pensé por primera vez en la granja-restaurante de Les Ecores, y pensé que algunos días en que Albertine me decía en Balbec que no estaba libre, o que tenía que salir con su tía, quizás estaba con alguna de sus amigas en una granja por la que sabía que yo no solía ir, y donde mientras yo hacía tiempo por si acaso en la de Marie-Antoinette donde me habían dicho: "No la hemos visto hoy", ella empleaba con su amiga las mismas palabras que conmigo cuando salíamos los dos: "No se le ocurrirá buscarnos aquí y así estaremos tranquilas". Le decía a Françoise que corriese las cortinas, para no ver aquel rayo de sol. Pero seguía filtrándose, igual de corrosivo, en mi memoria. "No me gusta, está restaurada, pero mañana iremos a Saint-Martinle-Vétu, pasado mañana a..." Mañana, pasado mañana, era un futuro de vida en común, quizá para siempre, mi corazón se abalanza hacia él, pero se ha esfumado, Albertine ha muerto.

Preguntaba la hora a Françoise. Las seis. Por fin, a Dios gracias, desaparecería aquel calor agobiante del que me quejaba tiempo atrás con Albertine y que nos gustaba tanto. El día tocaba a su fin, ¿pero y qué ganaba yo con ello? Llegaba el frescor de la noche, declinaba el sol; en mi memoria, al final de una carretera que tomábamos juntos para volver, lo divisaba, más lejos que el último pueblo, como una estación distante, inaccesible para aquella misma noche en que los detendríamos en Balbec, siempre juntos. Juntos entonces. Ahora había que pararse en seco ante aquel mismo abismo, ella había muerto. No bastaba ya correr las cortinas, intentaba tapar los ojos y oídos de mi memoria, para no ver aquella franja anaranjada del crepúsculo, para no oír aquellos invisibles pájaros que se contestaban de uno a otro árbol, a cada lado de mí a quien tan tiernamente besaba entonces la que ahora había muerto. Me esforzaba en evitar esas sensaciones que suscitan la humedad de las hojas al atardecer, las subidas y bajadas de la carretera. Pero ya esas sensaciones me habían invadido de nuevo, me habían arrastrado lo bastante lejos del momento actual como para que la idea de que había muerto Albertine cobrase toda la perspectiva, todo el impulso necesario para herirme de nuevo. ¡Ah! Nunca más volvería a adentrarme en un bosque ni a pasearme por entre los árboles. ¿Pero me resultarían menos crueles los llanos? Cuántas veces, para ir a buscar a Albertine, había cruzado y vuelto a tomar al regresar con ella la gran llanura de Cricqueville, tanto con tiempo brumoso en que la inundación de la niebla nos daba la sensación de estar rodeados por un inmenso lago, como durante esos límpidos atardeceres en que el claro de luna, desmaterializando la tierra, haciéndola parecer casi celeste como no lo es durante el día sino en lontananza, encerraba los campos, los bosques, con el firmamento al que los había asimilado, en un ágata arborizada de un solo azul.

Françoise debía de alegrarse de la muerte de Albertine, y preciso es reconocerle que por una especie de decencia y de tacto no fingía estar triste. Pero las leyes no escritas de su antiguo Código y su tradición de campesina medieval que llora como en los cantares de gesta eran más antiguas que el odio que profesaba a Albertine e incluso a Eulalie. Y así, uno de aquellos atardeceres, al no ocultar yo lo bastante rápido mi dolor, divisó mis lágrimas, ayudada por su instinto de antigua campesinilla que otrora le hiciera capturar y hacer sufrir a los animales, disfrutar ahogando los pollos y cociendo vivos los bogavantes, y cuando yo estaba enfermo observando, como las heridas que hubiera infligido a una lechuza, mi mala cara que a continuación pregonaba con tono fúnebre y cual presagio de desdichas. Pero su derecho consuetudinario de Combray no le permitía tomarse a la ligera las lágrimas, el dolor, cosas que juzgaba tan funestas como quitarse su prenda interior de franela o comer a desgana. "¡Oh! ¡No, señor, no debe llorar, le sentará mal!". Y, en su afán de atajar mis lágrimas, parecía tan inquieta como si hubiesen sido mares de sangre. Por desgracia, adopté un aire frío que cortó en seco las efusiones que esperaba prodigarme y que además quizás habrían sido sinceras. Debía de pasarle lo mismo con Albertine que con Eulalie, y ahora que mi amiga no podía sacar ya ningún beneficio de mí, Françoise había dejado de odiarla. Con todo, insistió en demostrarme que notaba perfectamente que yo lloraba y que siguiendo tan sólo el funesto ejemplo de los míos, no quería "hacerlo ver". "No debe llorar, señor", me dijo con tono ya más sosegado, y más bien para demostrarme su clarividencia que para testimoniarme su piedad. Y agregó: "Tenía que suceder, era demasiado feliz, la pobre, no supo apreciar su felicidad".



S.O.L

EN LA COSTA

• Los músicos **Raúl Carnota y Lalo de los Santos** ofrecen un recital hoy, en el Teatro Auditorium de la ciudad de Mar del Plata. El jueves y viernes se presenta **Jaime Torres y su Gente**, el sábado, el **Cuarteto Zupay** y el domingo, **Los Carabajal**. Los recitales comienzan a las 23.30.

• Todos los miércoles a las 22, en la Sala Encuentros, San Luis 2069, Mar del Plata, **Los Corradini** ofrecen su espectáculo musical distinto y su repertorio **casa de uno**, donde se incluye una síntesis de los tres discos del dúo Corradini.

• **La Banda Elástica** continúa presentando su espectáculo musicial distinto y su repertorio "elástico" (jazz, tango, folklore y rock) en el Teatro de las Estrellas ubicado en Avenida Colón y La Costa. De miércoles a viernes y lunes a las 22 hs.

• **El resucitado**, obra teatral protagonizada por el actor Lorenzo Quinteros en el Teatro Refasi sito en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• Los unipersonales **Vivir en vos** a cargo de Virginia Lago sobre textos de María Elena Walsh, los martes; **El humor en celo** con la actuación de la actriz Edda Díaz, los miércoles; **Yo Alfonsina (Una mujer libre)** con Leonor Manso sobre textos de Alfonsina Storni, los viernes y sábado; Lidia Catalano presenta **Poeta en Nueva York** sobre textos de Federico García Lorca, los jueves y **Canto a mí misma** a cargo de Perla Santalla, los domingos, se ofrecen en el Teatro Del Notariado ubicado en Independencia y Colón, Mar del Plata, siempre a las 23.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo espectáculo humorístico denominado **Perciavalle indestructible.** En el Teatro Lido, Santa Fe 1751, Mar del Plata, de martes a sábados a las 21.15 y 23.15.

• **Mama**, obra teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, protagonizada por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. En el Teatro Neptuno de la ciudad de Mar del Plata, Santa Fe 1751, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• El grupo **Midachi** presenta su espectáculo humorístico musical de martes a domingo a las 21.45 y 23.45, en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata.

• **Yepeto**, obra teatral de Roberto Cossa interpretada por Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Luppi, en el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen 1665, Mar del Plata, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• **Morochos de Ñuyor**, de Raúl Ramos y Héctor Gióvine protagonizada por Roberto Fiore y elenco. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de la ciudad de Mar del Plata, de miércoles a lunes a las 22.

• En el Teatro de la Galería de San Clemente ubicado en Calle 1 y 3, Rudy Chernicoff ofrece su unipersonal **El señor del baño.**

• El Oliverio Mate Bar de Villa Gesell, Avenida 3 y 105 se presentan los días jueves, **Los Kelonios** (clown) a las 22.30 y a las 23.30 **Gambas al ajillo**, de Miguel Fernández Alonso con la actuación de Aída Albert y Omar Viola con música original de Fernando Tavolaro.

• La Comedia de la Provincia de Buenos Aires presenta su obra **El mensaje** (comedia infantil), de Javier Villafañe, de miércoles a domingo a las 19, en el Teatro Auditorium de Mar del Plata.

acaecido desde entonces; ese momento que ha registrado dura aún, vive aún y también la persona que se perfilaba en él. Y este desmigamiento no solamente da vida a la muerta, la multiplica. Para consolarme, tenía que haber olvidado no a una, sino a innumerables Albertines. Cuando lograba soportar el dolor de haber perdido a ésta, había de volver a hacerlo con otra, con cien más.

Entonces mi vida sufrió un cambio total. Lo que, cuando estaba solo, había constituido su encanto, y no a través de Albertine, paralelamente a ella, era precisamente, ante la llamada de momentos idénticos, el perpetuo renacer de momento pasados. Por el rumor de la lluvia, me llegaba la fragancia de las lilas de Cambray; por la movilidad del sol en el balcón, las palomas de los Campos Elíseos; por el amortiguarse de los ruidos en el calor de la mañana, el frescor de las cervezas; la añoranza de Bretaña o de Venecia, por el silbido del viento y la llegada de la Pascua. Llegaba el verano, se alargaban los días, hacía calor. Era la época en que muy de mañana alumnos y profesores acuden a los jardines públicos a preparar los últimos exámenes bajo los árboles, para recoger la única gota de frescor que deja caer un cielo menos inflamado que en el ardor del día, pero ya con la misma pureza estéril. Desde mi habitación oscura, con un poder de evocación igual al de antaño, pero ya sólo capaz de engendrar sufrimiento, notaba que afuera, en la gravidez del aire, el sol declinante bañaba la verticalidad de las casas, de las iglesias, con un tinte leonado. Y como Françoise al volver descompusiese sin querer los pliegues de las amplias cortinas, ahogaba un grito ante el laceramiento que acababa de producirme aquel rayo de sol antiguo que me había hecho parecer hermosa la fachada de Bricqueville l'Orgueilleuse, cuando Albertine me dijo: "Está restaurada". No sabiendo cómo explicar mi suspiro a Françoise, le decía: "¡Ah! Tengo sed". Françoise salía, regresaba, pero yo me volvía violentamente, sometido a la dolorosa descarga de uno de los mil invisibles recuerdos que de continuo estallaban a mi alrededor en la oscuridad; acababa de ver que había traído sidra y cerezas, aquella sidra y cerezas que un mozo de granja nos trajera en el coche, en Balbec, especies con las cuales habría comulgado de modo perfecto, tiempo atrás, con el arco iris de los comedores oscuros los días de canícula. Entonces pensé por primera vez en la granja-restaurante de Les Ecores, y pensé que algunos días en que Albertine me decía en Balbec que no estaba libre, o que tenía que salir con su tía, quizás estaba con alguna de sus amigas en una granja por la que sabía que yo no solía ir, y donde mientras yo hacía tiempo por si acaso en la de Marie-Antoinette donde me habían dicho: "No la hemos visto hoy", ella empleaba con su amiga las mismas palabras que conmigo cuando salíamos los dos: "No se le ocurrirá buscarnos aquí y así estaremos tranquilas". Le decía a Françoise que corriese las cortinas, para no ver aquel rayo de sol. Pero seguía filtrándose, igual de corrosivo, en mi memoria. "No me gusta, está restaurada, pero mañana iremos a Saint-Martinle-Vétu, pasado mañana a..." Mañana, pasado mañana, era un futuro de vida en común, quizá para siempre, mi corazón se abalanza hacia él, pero se ha esfumado, Albertine ha muerto.

Preguntaba la hora a Françoise. Las seis. Por fin, a Dios gracias, desaparecería aquel calor agobiante del que me quejaba tiempo atrás con Albertine y que nos gustaba tanto. El día tocaba a su fin, ¿pero y qué ganaba yo con ello? Llegaba el frescor de la noche, declinaba el sol; en mi memoria, al final de una carretera que tomábamos juntos para volver, lo divisaba, más lejos que el último pueblo, como una estación distante, inaccesible para aquella misma noche en que los detendríamos en Balbec, siempre juntos. Juntos entonces. Ahora había que pararse en seco ante aquel mismo abismo, ella había muerto. No bastaba ya correr las cortinas, intentaba tapar los ojos y oídos de mi memoria, para no ver aquella franja anaranjada del crepúsculo, para no oír aquellos invisibles pájaros que se contestaban de uno a otro árbol, a cada lado de mí a quien tan tiernamente besaba entonces la que ahora había muerto. Me esforzaba en evitar esas sensaciones que suscitan la humedad de las hojas al atardecer, las subidas y bajadas de la carretera. Pero ya esas sensaciones me habían invadido de nuevo, me habían arrastrado lo bastante lejos del momento actual como para que la idea de que había muerto Albertine cobrase toda la perspectiva, todo el impulso necesario para herirme de nuevo. ¡Ah! Nunca más volvería a adentrarme en un bosque ni a pasearme por entre los árboles. ¿Pero me resultarían menos crueles los llanos? Cuántas veces, para ir a buscar a Albertine, había cruzado y vuelto a tomar al regresar con ella la gran llanura de Cricqueville, tanto con tiempo brumoso en que la inundación de la niebla nos daba la sensación de estar rodeados por un inmenso lago, como durante esos límpidos atardeceres en que el claro de luna, desmaterializando la tierra, haciéndola parecer casi celeste como no lo es durante el día sino en lontananza, encerraba los campos, los bosques, con el firmamento al que los había asimilado, en un ágata arborizada de un solo azul.

Françoise debía de alegrarse de la muerte de Albertine, y preciso es reconocerle que por una especie de decencia y de tacto no fingía estar triste. Pero las leyes no escritas de su antiguo Código y su tradición de campesina medieval que llora como en los cantares de gesta eran más antiguas que el odio que profesaba a Albertine e incluso a Eulalie. Y así, uno de aquellos atardeceres, al no ocultar yo lo bastante rápido mi dolor, divisó mis lágrimas, ayudada por su instinto de antigua campesinilla que otrora le hiciera capturar y hacer sufrir a los animales, disfrutar ahogando los pollos y cociendo vivos los bogavantes, y cuando yo estaba enfermo observando, como las heridas que hubiera infligido a una lechuza, mi mala cara que a continuación pregonaba con tono fúnebre y cual presagio de desdichas. Pero su derecho consuetudinario de Combray no le permitía tomarse a la ligera las lágrimas, el dolor, cosas que juzgaba tan funestas como quitarse su prenda interior de franela o comer a desgana. "¡Oh! ¡No, señor, no debe llorar, le sentará mal!". Y, en su afán de atajar mis lágrimas, parecía tan inquieta como si hubiesen sido mares de sangre. Por desgracia, adopté un aire frío que cortó en seco las efusiones que esperaba prodigarme y que además quizás habrían sido sinceras. Debía de pasarle lo mismo con Albertine que con Eulalie, y ahora que mi amiga no podía sacar ya ningún beneficio de mí, Françoise había dejado de odiarla. Con todo, insistió en demostrarme que notaba perfectamente que yo lloraba y que siguiendo tan sólo el funesto ejemplo de los míos, no quería "hacerlo ver". "No debe llorar, señor", me dijo con tono ya más sosegado, y más bien para demostrarme su clarividencia que para testimoniarme su piedad. Y agregó: "Tenía que suceder, era demasiado feliz, la pobre, no supo apreciar su felicidad".

ONTRADA

• Los músicos **Raúl Carnota y Lalo de los Santos** ofrecen un recital hoy, en el Teatro Auditorium de la ciudad de Mar del Plata. El jueves y viernes se presenta **Jaime Torres y su Gente**, el sábado, el **Cuarteto Zupay** y el domingo, **Los Carabajal**. Los recitales comienzan a las 23.30.

• Todos los miércoles a las 22, en la Sala Encuentros, San Luis 2069, Mar del Plata, **Los Corradini** ofrecen su espectáculo musical distinto y su repertorio **casa de uno**, donde se incluye una síntesis de los tres discos del dúo Corradini.

• **La Banda Elástica** continúa presentando su espectáculo musicial distinto y su repertorio "elástico" (jazz, tango, folklore y rock) en el Teatro de las Estrellas ubicado en Avenida Colón y La Costa. De miércoles a viernes y lunes a las 22 hs.

• **El resucitado**, obra teatral protagonizada por el actor Lorenzo Quinteros en el Teatro Refasi sito en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• Los unipersonales **Vivir en vos** a cargo de Virginia Lago sobre textos de María Elena Walsh, los martes; **El humor en celo** con la actuación de la actriz Edda Díaz, los miércoles; **Yo Alfonsina (Una mujer libre)** con Leonor Manso sobre textos de Alfonsina Storni, los viernes y sábado; Lidia Catalano presenta **Poeta en Nueva York** sobre textos de Federico García Lorca, los jueves y **Canto a mi misma** a cargo de Perla Santalla, los domingos, se ofrecen en el Teatro Del Notariado ubicado en Independencia y Colón, Mar del Plata, siempre a las 23.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo espectáculo humorístico denominado **Perciavalle indestructible.** En el Teatro Lido, Santa Fe 1751, Mar del Plata, de martes a sábados a las 21.15 y 23.15.

• **Mama**, obra teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, protagonizada por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. En el Teatro Neptuno de la ciudad de Mar del Plata, Santa Fe 1751, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• El grupo **Midachi** presenta su espectáculo humorístico musical de martes a domingo a las 21.45 y 23.45, en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata.

• **Yepeto**, obra teatral de Roberto Cossa interpretada por Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Luppi, en el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen 1665, Mar del Plata, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• **Morochos de Ñuyor**, de Raúl Ramos y Héctor Gióvine protagonizada por Roberto Fiore y elenco. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de la ciudad de Mar del Plata, de miércoles a lunes a las 22.

• En el Teatro de la Galería de San Clemente ubicado en Calle 1 y 3, Rudy Chernicoff ofrece su unipersonal **El señor del baño.**

• El Oliverio Mate Bar de Villa Gesell, Avenida 3 y 105 se presentan los días jueves, **Los Kelonios** (clown) a las 22.30 y a las 23.30 **Gambas al ajillo**, de Miguel Fernández Alonso con la actuación de Aída Albert y Omar Viola con música original de Fernando Tavolaro.

• La Comedia de la Provincia de Buenos Aires presenta su obra **El mensaje** (comedia infantil), de Javier Villafañe, de miércoles a domingo a las 19, en el Teatro Auditorium de Mar del Plata.

MARIO LEVRERO

LA BANDA DEL CIEMPIES

18. Carmody Trailler en Inglaterra

Cuando Carmody despertó del profundo sueño artificial provocado por el gas soporífero que el amable desconocido había liberado dentro del coche se encontró sentado en un cómodo sillón, ante un escritorio; y del otro lado del escritorio Sir W. lo miraba sonriente. Eran viejos amigos, que habían colaborado en casos de carácter internacional. Sir W. era el director del M.I.5, repartición del servicio secreto británico.

—Debe excusarme, Mr. Trailler —dijo el anciano, con voz digna y grave— por el modo poco ortodoxo en que he ordenado traerlo aquí; créame que no tenía otra alternativa, pues de ninguna manera podíamos permitir que usted se pusiera en contacto con su cliente potencial. Pero vuelvo a excusarme: ¿una taza de té, mientras su mente termina de aclararse?

Carmody asintió débilmente, y sólo cuando hubo vaciado la taza provista por una gris empleada, Sir W. volvió a hablar. Explicó que Carmody había sido trasladado a Londres secretamente en un avión particular, dentro de un baúl que había estado esperándolo en la caja de un gran camión al cual subió, por una rampa, el coche de su captor. Ese espía inglés hacía tiempo que seguía al detective, esperando la ocasión propicia, pues tenía instrucciones de neutralizar cualquier acción suya en el caso de la niña raptada.

—La vendedora de violetas no fue raptada por la Banda del Ciempiés —dijo Sir W. ante la sorpresa de Carmody—, ni lo hicieron porque ella hubiera manifestado su voluntad de contratarlo a usted; hace semanas que teníamos noticias del programa del rapto, y lamento no poder explicarle las razones del mismo pues se trata de un movimiento clave dentro del delicado ajedrez internacional, todo ello bajo el rótulo de *top secret*. Para su tranquilidad, debo añadir que la niña está a salvo.

"No crea —agregó el anciano— que la monstruosa Banda del Ciempiés y sus expresiones un tanto absurdas y de mal gusto son una creación nuestra; de ningún modo. Pero es cierto que en ella hay algunos elementos nuestros infiltrados por medio de quienes esperamos acceder a ciertos informes vitales para la paz mundial."

Carmody escuchó en silencio las palabras de su viejo amigo, y luego meditó en silencio durante un buen rato. Por fin, alzó su límpida mirada hacia los ojos del anciano, cuadró la mandíbula y dijo:

—Estoy a sus órdenes, Sir W., ¿qué debo hacer?

—Nada, Mr. Carmody —respondió el anciano, sonriendo benignamente—, nada salvo enviar un telegrama a sus hombres para que cesen toda acción. Desde luego, nosotros pagaremos sus sueldos mientras dure la inactividad que usted, gentilmente, nos ha concedido. Por lo demás, usted está en libertad. ¿Qué tal unas vacaciones en Londres?

Adelantémonos ahora unas cuantas semanas y veamos qué sucede con Smithe Andrews. El ex jefe de policía iba reponiéndose lentamente, bajo la cariñosa vigilancia de Amanda Rosentahl y de otras enfermeras-policías adictas a él; cuando recuperó cierta lucidez, se añadió un prestigioso psiquiatra a la importante ayuda médica que recibía de continuo. El resultado de todo esto fue que, un buen día, Smithe Andrews saltó de la cama lleno de energías y salio a la calle con su camisón blanco, sus largos cabellos también blancos y sus llameantes ojos de profeta, dispuesto a enfrentar al mundo con una nueva personalidad. Ahora se llamaba, por decisión personal, Alexander Epstein-Müller. A duras penas, Amanda logró meterlo en un taxi y llevarlo al apartamento que compartía con Ema Llopis, otra de las chicas del grupo

En los días subsiguientes, Andrews (ahora Epstein-Müller) fue estructurando rápidamente su nueva personalidad y tomó una serie de decisiones definitorias; primero se casó con ambas mujeres, Amanda y Ema, en el marco del rito religioso de una secta derivada de los mormones; y casi en seguida, después de una breve luna de miel, comenzó la prolija y veloz construcción de la gigantesca tarea que muy pronto lo llevaría a un primer plano en la estima popular.

(Próximo episodio: "El misterio de los orígenes de Molly")



JUEGOS

ENIGMA LOGICO

El gran torneo

Deduzca quién está jugando con blancas y quién con negras en cada una de las cinco partidas de un torneo de ajedrez, cuántas jugadas se han efectuado hasta el momento y qué pieza le han capturado a las negras.

1. En la partida de Stern se efectuaron más jugadas que en la de Drago.
2. Milde juega contra Vidal, y no capturó el alfil ni el peon.
3. Soria hizo menos jugadas que Fox.
4. En la partida que va por la jugada 40, las negras tienen un alfil de menos: ni Ratti ni Rojas llevan blancas en esta partida.
5. Drago ha capturado una torre, y no ha sido a Ibarra.
6. Ferrer capturó una dama: esta partida no es la que juega Ratti ni tampoco la que va por la jugada 43.
7. Ibarra y su oponente son los que han efectuado menos jugadas.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		NEGRAS					JUGADAS					PIEZA				
		Ferrer	Fox	Ibarra	Soria	Vidal	37	39	40	43	45	Alfil	Caballo	Dama	Peón	Torre
BLANCAS	Drago															
	Milde															
	Ratti															
	Rojas															
	Stern															
PIEZAS	Alfil															
	Caballo															
	Dama															
	Peón															
	Torre															
JUGADAS	37															
	39															
	40															
	43															
	45															

BLANCAS	NEGRAS	JUGADAS	PIEZA

SOPA MOTORISTA

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

ACEITE
ACELERADOR
ASIENTOS
BUJIAS
CARBURADOR
CASCO
CILINDROS
DEPOSITO
EMBRAGUE
FRENOS
GASOLINA
GUANTES
GUARDABARROS
LUCES
MANILLAR
MATRICULA
MOTO
PARABRISAS
RETROVISOR
RUEDAS

G	U	A	R	D	A	B	A	R	R	O	S	B	E
A	N	D	E	P	O	S	I	T	O	R	E	M	T
R	A	S	T	D	R	O	R	O	D	F	B	A	I
A	C	A	R	B	U	R	A	D	O	R	U	N	E
N	E	S	O	L	E	I	M	A	A	E	J	I	C
S	L	I	V	S	D	M	O	G	S	N	I	L	A
E	E	R	I	O	A	S	U	A	I	O	A	L	S
S	R	B	S	R	S	E	E	S	E	S	S	A	L
M	A	A	O	D	O	T	Ñ	O	N	I	C	R	N
A	D	R	R	N	S	N	G	L	T	U	A	A	P
I	O	A	L	I	E	A	T	I	O	N	S	I	O
G	R	P	E	L	N	U	T	N	S	E	C	U	L
O	Y	O	S	I	O	G	Y	A	E	M	O	T	O
G	A	L	U	C	I	R	T	A	M	I	B	Ñ	B

SOLUCIONES

SOPA LUMINOSA

A	M	G	T	E	R	T	H	C	A	T	Z	E	L
L	A	R	G	A	A	H	C	A	H	E	H	E	R
A	E	Z	A	H	C	R	O	T	N	A	S	C	A
Z	S	C	E	R	I	L	L	A	S	T	E	F	R
E	T	O	S	N	C	S	P	G	E	A	F	D	O
O	R	H	F	A	H	O	C	O	F	N	A	R	R
R	E	E	O	L	I	L	G	F	C	R	R	N	G
E	L	T	G	S	S	A	Y	S	A	E	O	A	R
H	L	E	O	R	P	V	I	P	N	T	L	O	V
C	A	O	N	M	A	A	M	C	D	N	A	V	I
E	S	S	A	E	J	A	I	S	I	I	E	Q	U
M	A	L	Z	C	L	U	N	A	L	L	Z	O	R
S	E	B	O	M	B	I	L	L	A	A	O	M	A
R	F	R	A	N	I	M	P	E	R	I	S	A	D

ENIGMA LOGICO

Fresas, Pan-Am, marido, jardinero.
Quesos, Alitalia, arqueólogo, museo.
Restos fósiles, Air France, granjero, chef.
Tulipanes, Iberia, director, embarazada.
Vacunas, Lufthansa, biólogo, actriz.